



PENTAGRAMIA



Antonio de Berito

ilustraciones María Terroba Jiménez

PENTAGRAMIA

Antonio de Brito



A María, ilustradora de este cuento
y alumna del colegio.
¡Gracias por poner tu talento
en esta colección de cuentos!

No está permitida la reproducción parcial ni total de este libro
sin el correspondiente permiso de los autores del copyright.

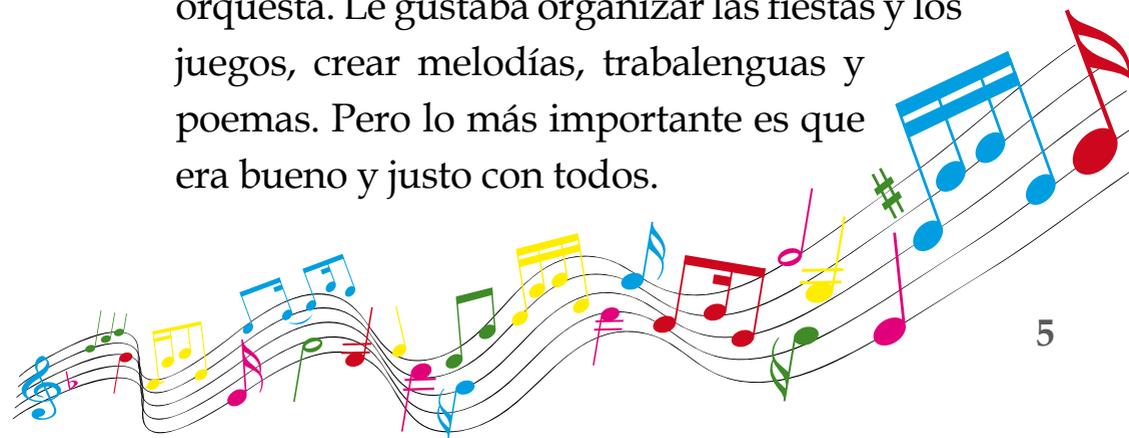
© Texto: Antonio de Benito
© Ilustraciones: María Terroba Jiménez
Colección Jesuitaslee

Diseño y maquetación: Patricia Méndez

Depósito legal: LR-318-2019

Hacía ya bastante tiempo que Pentagramia, el Mundo de la Música, estaba triste. No se oía cantar a los pájaros, ni la risa de los niños, ni siquiera el sonido del viento al agitar las ramas de los árboles. Los habitantes de Pentagramia no eran felices. El Rey del Silencio se había apoderado de todos los sonidos y los tenía retenidos en su gris y aburrido Reino del Silencio.

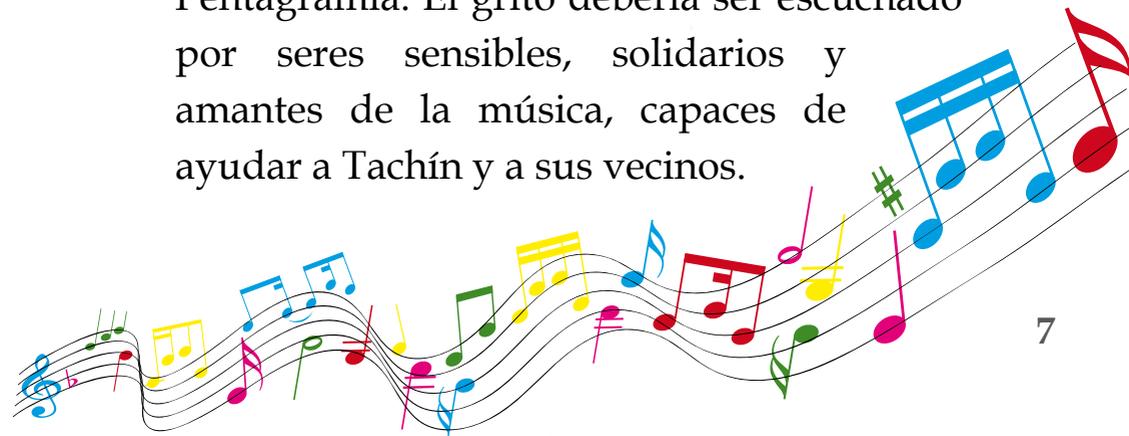
En el Mundo de la Música vivía uno de los protagonistas de nuestra historia. Se llamaba Ta y de apellido, Chin, aunque todos lo unían y lo conocían como Tachín. Procedía de una familia China instalada desde hacía varias generaciones en el Mundo de la Música. A Tachín le encantaba la música y poseía enormes cualidades para ser director de orquesta. Le gustaba organizar las fiestas y los juegos, crear melodías, trabalenguas y poemas. Pero lo más importante es que era bueno y justo con todos.



Lo último que salió de su garganta antes de que el Rey del Silencio impusiera su ley silenciosa, fue un grito de llamada a la solidaridad entre los pueblos del mundo: ¡Aaaeeoeeooo!



Ese grito era la única y última esperanza que quedaba para devolver la música a Pentagramia. El grito debería ser escuchado por seres sensibles, solidarios y amantes de la música, capaces de ayudar a Tachín y a sus vecinos.



El sonido solidario, propagado por el viento, llegó hasta la presumida Chelo, que pertenecía a una familia acomodada y distinguida: **la Familia de la Cuerda**. Chelo era hija de una preciosa Viola y de un espléndido Contrabajo.

Al oír la llamada de Tachín, no dudó en consultar con su padre, quien con su habitual vozarrón grave le dijo: «Don, dondon, don duumm», lo que traducido a nuestro lenguaje quería decir: «Hija, la música te necesita, ve con cuidado». Se enfundó su gran cazadora negra con larga cremallera y, arco en mano, partió hacia su destino.

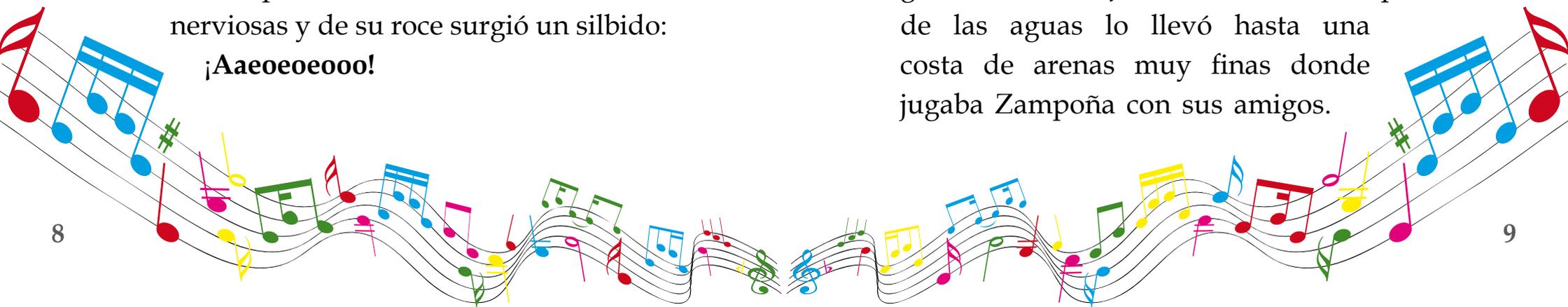
A muchísimos kilómetros de distancia, entre la frondosa vegetación de la jungla, las altísimas copas de los árboles se removieron nerviosas y de su roce surgió un silbido:

¡Aaeoeoeooo!

En el cercano poblado, tambores, bombos, troncos huecos..., cesaron su percusión. Un joven con cuerpo redondeado, pero de fuerte y robusta piel, sintió que esa llamada era para él. Se llamaba **Akibombo** y era tenaz, constante, amigo de acompañar a cualquiera y... ¡poseía un ritmo envidiable! No sabía nada sobre pentagramas, ni notas ni figuras musicales. En su pueblo, humilde y trabajador, nada de eso era necesario para sentir la música.

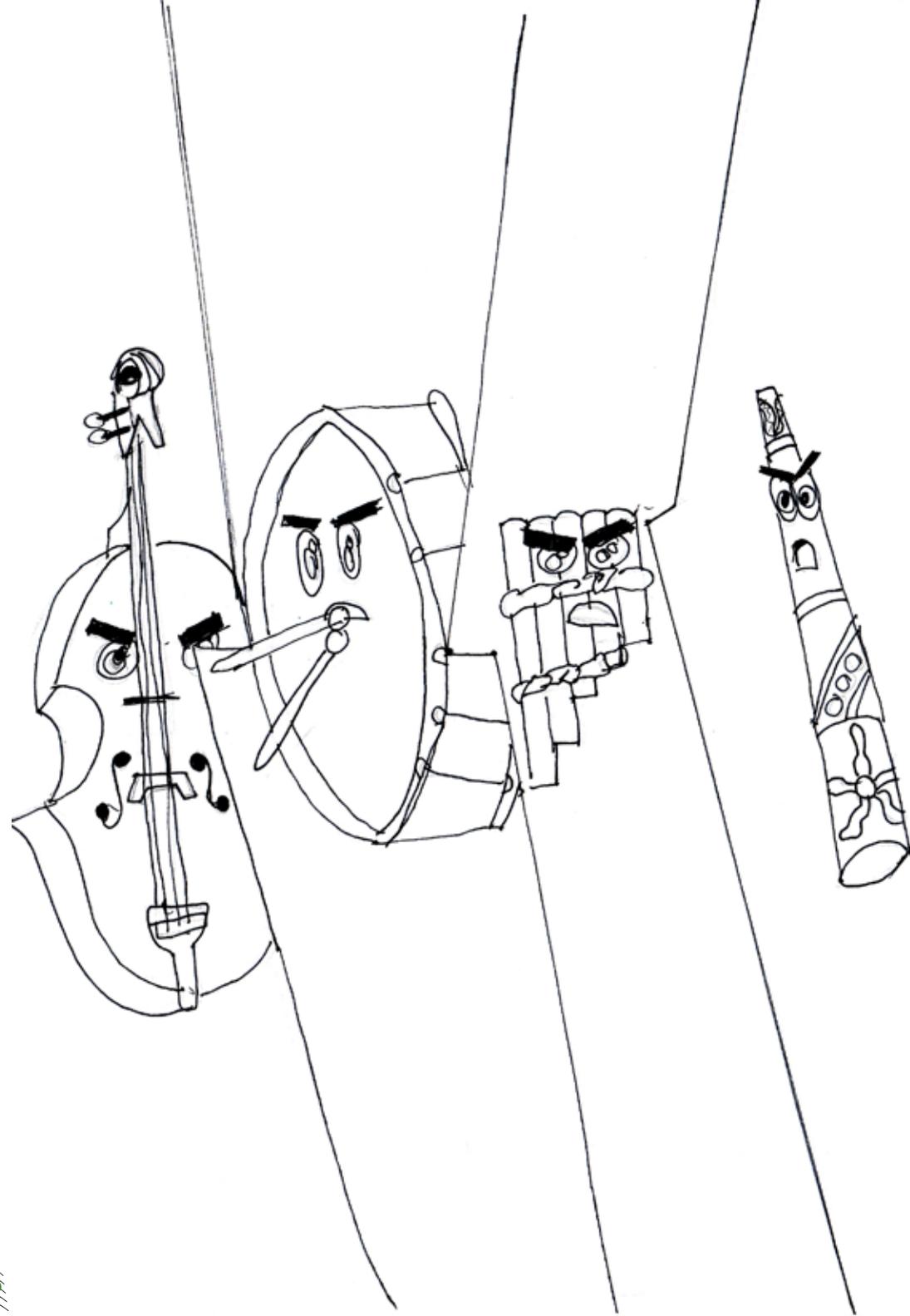
Tomó dos de las mejores mazas del pueblo, se tensó bien su membrana y se puso en camino. El viaje era largo, pero merecía el esfuerzo intentarlo.

Sobre las olas del mar también viajó el grito solidario. ¡Aaeoeoeooo! El chapoteo de las aguas lo llevó hasta una costa de arenas muy finas donde jugaba Zampoña con sus amigos.



Construida con delicadas cañas, unidas por cuerdas, disfrutaba con su **Familia de Viento**: ocarinas, flautas... Siempre le gustó la idea de cruzar aquellas aguas del Gran Océano para conocer Pentagramia, país con el que compartía gran parte de su cultura. Dio un fuerte soplo y se acomodó en los brazos de aquel viento cálido que le transportaría.

Didyeridú vivía en una isla, muy, muy lejos del Mundo de la Música. El viento difícilmente podría llevar el grito solidario, debido a la gran distancia existente. Lo mismo le sucedía al agua del mar. Ante la dificultad: unidad. Una gran nube gris apareció velozmente en el cielo. Entre el sonido del viento y las gotas de lluvia al caer sobre la hierba, fue compuesta una melodía, que nuestro quinto protagonista identificó como la llamada de socorro.



Didyeridú era muy valiente, algo altivo y desordenado. No conocía Pentagramia, pero su decisión le llevó a embadurnarse en un aceite especial de grasa de canguro y se arrojó al agua. Esa grasa le haría impermeable y así podría sentirse en perfectas condiciones físicas al llegar al mundo musical.

Bajo la sombra de un olivo Tachín contemplaba a los pájaros, mudos como piedras, en las ramas descoloridas. El arroyo no arrullaba, las flores no brillaban. Todo parecía un cuadro sin colores. La vida transcurría monótona y gris. En todo aquello pensaba Tachín, cuando por distintos caminos comenzaron a llegar Chelo, Akibombo, Zampoña y Didyeridú.

Tachín les informó de lo sucedido en Pentagramia.

Didyeridú, impulsivo, comentó:

- Con mi gran fuerza asustaré al Rey del Silencio.

Chelo añadió:

- Con mis cuerdas podemos rodear todo su reino y no dejarle salir.

Y así, después de muchas ideas que fueron desechadas...

- ¿Qué os parece si vamos a hablar con él? —propuso Tachín—. Si no nos devuelve el sonido, haremos que se ponga nervioso y se enfade muchísimo. Y terminó de explicarles el plan.

A la mañana siguiente partieron temprano hacia el Reino del Silencio. Caminaron durante un buen rato. El camino se estrechó y se empinó. Formaron una cadena para subir más fácilmente: Tachín, con una vara a la que llamaba batuta, dirigía la marcha; Akibombo marcaba el ritmo de las pisadas, ¡pon, pon, pon!; Zampoña y

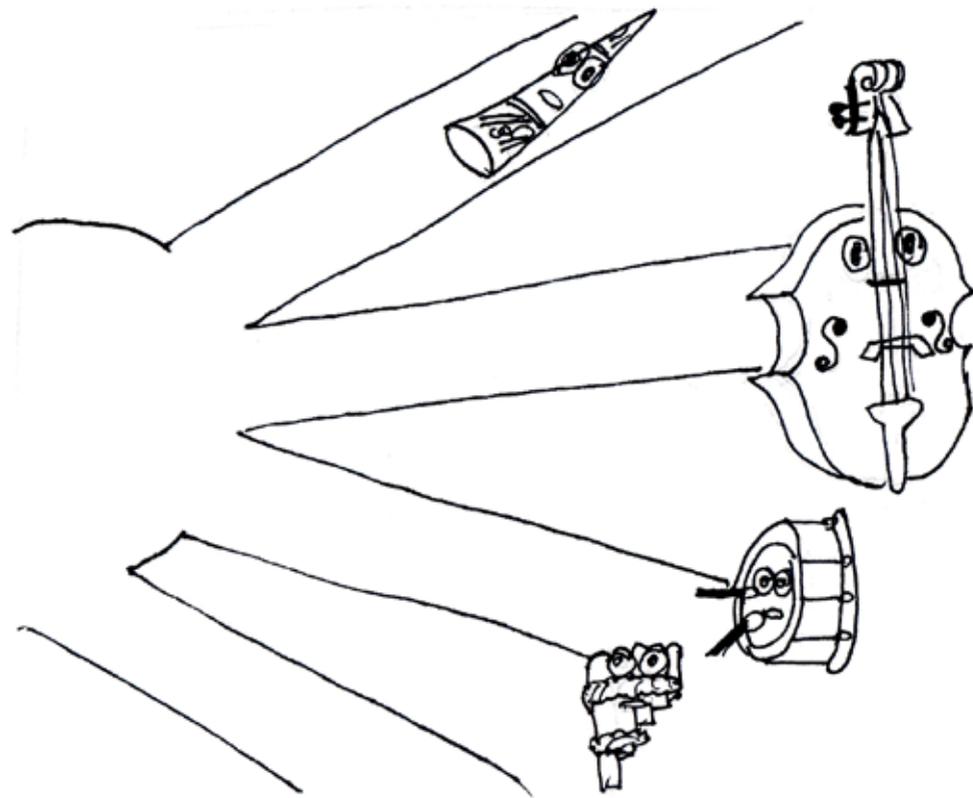
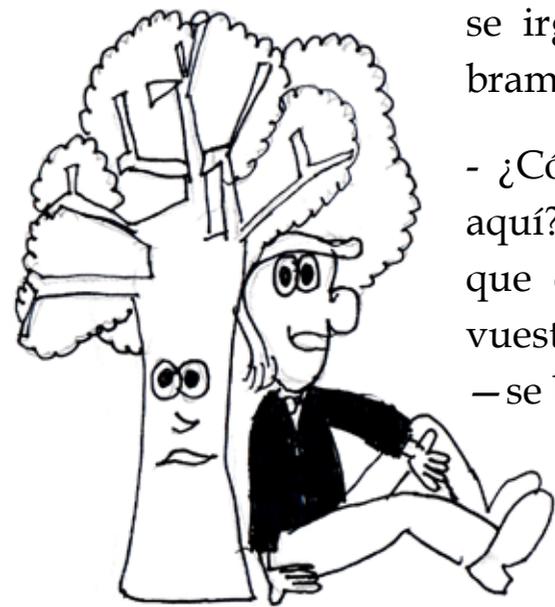
Didyeridú resoplaban, mientras que Chelo tensaba sus cuerdas.

Una vez que llegaron a las puertas de un castillo maltrecho y sucio, Akibombo golpeó con una de sus mazas su gran membrana, pero nada se escuchó. Chelo pellizcó su cuerda más gruesa. Todo fue inútil, ni un solo sonido se oyó.

Se introdujeron dentro del castillo. Al fondo, sobre una puerta sombría podía leerse en un letrero «SILENCIO ABSOLUTO». De pronto, la puerta se abrió. Una gigantesca serpiente

se irguió, en forma de Z, bramando:

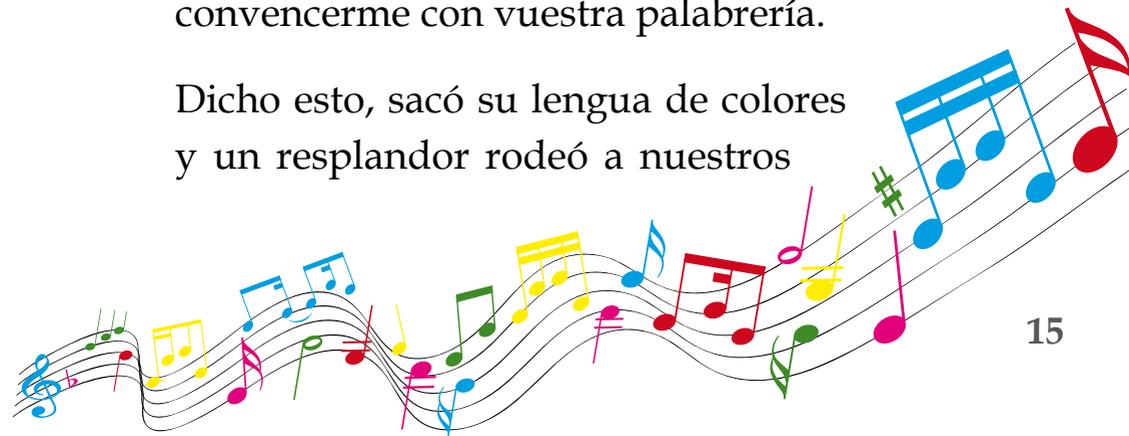
- ¿Cómo osáis venir hasta aquí? Imagino que queréis que devuelva el sonido a vuestro mundo, ja, ja, jaaa
— se burló la serpiente.



Tachín, sacó un papel en blanco y escribió: «Permítenos un solo minuto de sonido. Luego, si quieres, nos marcharemos»

- Está bien, pero no penséis que vais a convencerme con vuestra palabrería.

Dicho esto, sacó su lengua de colores y un resplandor rodeó a nuestros



amigos. Comenzó a sonar una melodía preciosa compuesta por los cinco.

Inmediatamente la serpiente ordenó callar. Estos cesaron un instante y volvieron a sonar.

¡Chsst! Exclamaba la serpiente. Pero los instrumentos callaban y volvían a sonar un tiempo después.

Fue como un juego que empezaba a gustar a la Serpiente Z. Terminaba una melodía y comenzaba otra.

Mágicamente, de aquella habitación oscura salió un arco iris. En cada una de las franjas de color iba subida una nota musical.

La improvisada banda, con el rey del silencio incluido, descendió hasta Pentagramia.



El Rey del Silencio, la Serpiente Z, dejó de llamarse así, ahora se llamaba simplemente silencio y formaba parte de la música, como las notas, los pentagramas y los instrumentos musicales.

Los pájaros recobraron su trino; las aguas gorgoteaban en el arroyo; las ramas de los árboles volvieron a silbar y así, aquel lugar volvió a ser lo que nunca debió de dejar de ser: Pentagramia, el Mundo de la música.





Pentagramia es el mundo de la música. Hasta allí llega el Rey del Silencio, que trata de apoderarse de la música. Tachín y sus amigos no lo van a permitir.

Antonio de Benito (Arcos de Jalón, Soria). Actualmente ejerce como maestro de Primaria en el colegio Sagrado Corazón – Jesuitas – de Logroño y es autor de más de 170 libros, la mayoría destinados al público infantil.

María Terroba Jiménez (Logroño, La Rioja). Alumna del mismo colegio y colaboradora del autor en varias publicaciones. Le encanta leer, dibujar y disfrutar de sus amigos.